

BARCELONA 92, UNA POLÍTICA URBANA TRADICIONAL

POR

CARLES CARRERAS I VERDAGUER

Las opiniones y hechos que aquí se presentan se basan en un relativamente largo proceso de reflexión. Se trata de más de veinte años de investigación, en contacto con las fuentes estadísticas, documentales y bibliográficas más importantes, con ejercicio del método de la observación de la realidad física, morfológica, social, económica y política de la ciudad, de la que ya han sido publicados diversos resultados, en libros y artículos.¹ Esta experiencia investigadora se ha articulado a partir de casi veinte años de docencia, en los que la ciudad ha sido ejemplo recurrente, cuando no objeto exclusivo de materias específicas, especialmente en asignaturas cuatrimestrales de segundo ciclo del antiguo plan de estudios o de cursos de doctorado. En el mismo sentido, cabe destacar especialmente la realización de diversas tesis de doctorado, presentadas o en curso de realización, que han permitido profundizar algunos aspectos; merecen mención especial la de la profesora Rosa Tello, sobre el planeamiento urbano en España y la de Núria Benach sobre las imágenes de la ciudad, cuyos primeros resultados se presentan a continuación. Finalmente hay que destacar

Carles Carreras i Verdaguer. Catedrático de Geografía Humana de la Universidad de Barcelona.

¹ Entre la bibliografía publicada cabe destacar, por su carácter sintético y general, el libro: CARRERAS, C., 1993.

también los algo más de cinco años de diversas experiencias de colaboración con universidades extranjeras, especialmente con las de Toulouse, Lisboa y São Paulo, que han permitido presentar y discutir el caso de una ciudad que ha conseguido atraer un interés mundial en los últimos tiempos.²

Dicha reflexión se ha realizado a partir del punto de vista del ciudadano y del estudioso, nunca del técnico con responsabilidades concretas en la toma de decisiones del planeamiento urbano; la colaboración con la administración se ha reducido a la participación en algunos trabajos del plan estratégico Barcelona 2000.³ Ello constituye una primera e importante aclaración respecto a las opiniones y datos que aquí se recogen, que es necesario explicitar, sobre todo cuando nuestra generación ha pasado de la crítica a la institucionalización y, en lo urbano, a la toma de decisiones, con los consecuentes cambios de conceptos y enfoques que ello supone. Además, dicha reflexión se produce en un momento en que se experimenta una cierta crisis en los análisis urbanos tradicionales, en plena transformación de conceptos y métodos que hasta ahora habían sido mayoritariamente aceptados (A.I. Barcelona Toulouse, 1991). Al mismo tiempo, y consecuentemente, el planeamiento urbano ha sufrido cambios substanciales que, a grandes rasgos, le llevan de una concepción como Ciencia Social a otra más ligada a la tradición de las Beaux Arts (Campos, 1989; Grau, 1989; Tello, 1990). Todo este conjunto de circunstancias, de posición y de coyuntura, deben ser tenidas en cuenta para contextualizar los puntos de vista que aquí se sustentan.

Dentro de la complejidad de la problemática a tratar se presentan aquí, en primer lugar, el marco urbano global de la ciudad forjado a través de una larga historia. Seguidamente se presenta la caracterización general del período en que se incluye el conjunto de procesos que se sintetizan en la operación Barcelona 92, así como el contexto de su desarrollo para, finalmente, analizar la evolución de la política urbana de Barcelona, en la que

² Fruto de estas colaboraciones internacionales cabe destacar la publicación del número *Barcelona-Toulouse* en catalán en la *Revista Catalana de Geografia* (ICC, Barcelona, 1991, núm. 15) y en francés en la revista *Villes et Territoires* (PUM, Toulouse, 1992).

³ En 1990, se realizó un informe a partir del tratamiento de las encuestas de opinión sobre el plan, realizadas en la Exposición «Barcelona, el escenario del futuro» (Universitat de Barcelona, 20.12.1989-20.01.1990) y se participó directamente en las comisiones y actos públicos sobre las actividades comerciales.

se incluyen, de hecho, todos los procesos. Finalmente, a modo de grandes conclusiones, se realiza un primer balance de las soluciones y de los problemas clave que la ciudad tiene hoy planteados. Los artículos que siguen detallan, en profundidad, dos temas clave: uno, el planeamiento urbano, y, el otro, el uso y significado de las imágenes utilizadas, ambos elementos fundamentales en la realización de la Barcelona 92.

El marco urbano heredado

Barcelona es una ciudad histórica, con casi dos mil años de continuidad en su asentamiento actual y, por tanto, con una evolución social, económica y morfológica compleja. Como puerto sobre el Mediterráneo ha seguido, en buena medida, los avatares del esplendor y crisis de su conjunto geopolítico; la ciudad fue motor indiscutible de un estado en la época de la confederación catalano-aragonesa, desarrollando una importante función económica y política durante buena parte de la Edad Media. Bien situada en el continente, relativamente cerca de las vías de acceso al corazón industrial europeo, desde el siglo XVIII añadió a las actividades comerciales tradicionales un impulso industrial fuerte, aunque sectorialmente sesgado y un tanto desequilibrado. El hecho más evidente en la morfología actual de la ciudad es que su último recinto medieval, trazado a principios del siglo XIII, quedó sin compactar durante más de quinientos años a causa de las crisis posteriores. Dentro de este recinto, se desarrolló incluso la llamada revolución industrial, desde el segundo tercio del siglo XVIII y hasta después de la segunda mitad del siglo XIX, en que fueron derribadas sus murallas y la población se ensanchó. Ello se refleja en un centro histórico, grande y denso, donde la historia se ha sedimentado en estratos discontinuos y desiguales, pero numerosos, con unos edificios de piedra,⁴ generalmente bien conservados, que permiten su restauración y rehabilitación, aunque no han impedido renovaciones totales también. Así la trama actual es esencialmente medieval,⁵ aunque su casco sea, sobre todo, decimonónico.

⁴ Las canteras de la cercana montaña de Montjuïc, vinculada desde siempre a la historia de la ciudad, facilitaron este material de construcción sólido, abundante y barato, hasta los primeros años de la segunda mitad del siglo XX.

⁵ Sólo algunas calles de los siglos XVIII (como la del Conde del Asalto) y XIX (como el eje Fernando, Jaime I, Princesa, especialmente) y la Via Laietana, de principios del XX, se han sobreimpuesto a esta trama.

El derribo de las murallas en 1859 permitió la primera gran expansión de la ciudad en los tiempos modernos, con un ensanche que se realizó de forma planificada, conformando la primera figura urbanística del derecho español (Bassols, 1973). Barcelona ha continuado siendo una ciudad densa, con una urbanización masiva de edificios de seis a nueve plantas, al estilo de París, aunque con una heterogeneidad edificatoria mayor, y con una diferencia de tramas más marcada entre la ciudad vieja y la del siglo XIX. La enorme expansión del siglo XX ha recuperado la irregularidad y diversidad tradicionales, dejando el Ensanche como un espacio claramente excepcional. Nuevos materiales como acero y vidrio, o el popular ladrillo visto, han substituido la tradicional piedra estucada y generalmente decorada con esgrafiados.

Barcelona ha crecido regularmente desde el siglo XVIII, sin grandes aceleraciones. Sólo en los años 1930, cuando alcanzara el primer lugar entre las ciudades españolas, y en los años 1960, cuando los flujos migratorios reestructuraron el mapa de España, se vivieron períodos de aceleración importante. Pero la ciudad entró en el siglo XX con 500.000 habitantes, superó el millón en 1930 y alcanzó los 1'7 millones en 1960, y en torno a esta cifra se ha mantenido desde entonces el territorio municipal. La corona metropolitana, ámbito más real del fenómeno urbano barcelonés, a duras penas supera los tres millones de habitantes. El crecimiento en cifras absolutas ha sido notable, pero lento en comparación con otras ciudades españolas como Vitoria o Madrid, y mucho menor aún que el de la mayoría de metrópolis del Tercer Mundo. Ello se refleja claramente en la morfología urbana, a través de una segregación social del espacio consolidada y relativamente «bien» organizada, sin bruscos contrastes, con una jerarquización definida y gradual que marca unas fronteras interiores claramente perceptibles.

Desde el inicio de los años 1970, la inmigración se detuvo, cuando, además, el crecimiento natural ya era muy bajo. Ello explica el freno del crecimiento demográfico de la ciudad. Incluso se asistió a un movimiento de retorno de algunos inmigrantes, ligado a la llegada a la edad de jubilación de las primeras generaciones de inmigrados y a las licencias por reconversión industrial de buena parte de las empresas más tradicionales, especialmente de los sectores textil y del metal. La política urbana democrática, por ello, podía centrarse en un intento de cubrir los déficits más evidentes en espacios verdes, o espacios simplemente libres, y en

equipamientos deportivos o de ocio, más rentables desde el punto de vista electoral; no hacían ya falta más escuelas e institutos, ni grandes hospitales. Se podía reconstruir físicamente la trama: calles, plazas, jardines, esculturas y monumentos, mobiliario urbano, asfaltado, recogida de basuras, limpieza de calles, etc. Se olvidaba, en cambio, la vivienda, a pesar que el freno del crecimiento no suponía en ningún caso la detención de la dinámica de la población. En pocos años, las generaciones aún llenas de los años 1960 debían emanciparse y encontrar residencia independiente de sus mayores.

La crisis industrial, por su parte, destruyó de forma significativa el tejido económico tradicional; los cierres de empresas fueron escalonados, pero continuos, y el paro aumentó de forma alarmante durante los primeros años. Al mismo tiempo, hacía su aparición la economía sumergida o irregular, que requería un cierto grado de ordenación o, por lo menos de consideración a nivel municipal. Por otro lado, los munícipes debía preocuparse por encontrar nuevas actividades en las que ocupar la población en paro y, sobre todo, los nuevos demandantes de trabajo aún en número creciente. Se requería algún tipo de política económica.

La evolución política a nivel municipal

La transición política en la ciudad se inició claramente, por lo menos en el año 1973, con el cambio del alcalde que había regentado el ayuntamiento barcelonés durante los dieciséis años anteriores, lo que posibilitó, a nivel urbanístico, el desbloqueo del plan comarcal y la creación del área metropolitana, con el consiguiente impacto en el desarrollo de las actividades económicas urbanas. Dicha transición acabaría definitivamente en el año 1979, con la celebración de las primeras elecciones locales democráticas en cuarenta años; aunque significativamente también, éstas se realizaron con un notable retraso, dos años después de las primeras generales.⁶ La política urbana cambió cualitativamente y, aunque sus objetivos siguen desarrollándose con mayor o menor rapidez posteriormente, está claro que su culminación más evidente se produjo en 1992, momento demasiado

⁶ Es ésta una diferencia importante con el período democrático de la segunda república española que se inició, precisamente, a partir del triunfo republicano en las elecciones locales del 12 de abril de 1931.

simbólico y demagógicamente explotado quizás, pero que ha tenido una enorme virtualidad a nivel local. No puede separarse los planes para la ciudad olímpica de la política urbanística general, sin la que nada tendría sentido; la nominación definitiva de la ciudad como sede olímpica en octubre de 1986 no fue más que la confirmación de una tendencia que ya funcionaba implícitamente. Por ello, la evolución urbanística y política de Barcelona debe concretarse entre los años 1973 y 1992, con la gran inflexión de 1979, para poder interpretar con verosimilitud la coyuntura contemporánea.

Durante los seis años del primer período, tres alcaldes distintos dirigieron el ayuntamiento de la ciudad. En primer lugar, Enric Masó (1925), quien durante el primer bienio desarrolló una política claramente reformista, intentando siempre algún tipo de acuerdo con las crecientes demandas sociales de unas asociaciones de vecinos fuertes y reivindicativas. Destaca, a nivel urbanístico, la revisión del plan Comarcal que sería aprobada un año después de su dimisión (presentada en 1975) y que constituye el documento urbanístico legal aún vigente para la ciudad y su área metropolitana; ésta precisamente fue creada por decreto del gobierno, también a finales del año 1974, para el ámbito de Barcelona y de los 26 municipios circundantes que ya había incluido el plan de 1953. Se trataba, en general, de acabar las infraestructuras, sobre todo de comunicaciones, que la enorme concentración requería y también de definir las grandes operaciones de suelo para un futuro inmediato. El propio alcalde estaba personalmente vinculado a la empresa constructora de los túneles del Tibidabo, el primero de los cuales, sin embargo, no fue inaugurado hasta el verano de 1991. Ambos hechos, política y personalidad, coinciden en ejemplificar en este alcalde la representación de los intereses mayoritarios de la fracción industrial de la oligarquía barcelonesa.

Algo más de un año duró su sucesor, Joaquim Viola (1913-1978), pariente del penúltimo alcalde y representante, en buena medida, de los intereses inmobiliarios de la ciudad, lo que explica su decantación contra las reivindicaciones populares y su relativo desinterés por el planeamiento. Su mandato resultó escasamente popular y avivó las reivindicaciones que pretendía acallar, para dar paso a una alcaldía ya políticamente de transición de la mano de Josep Maria Socias Humbert (1937). La primera parte de su mandato se dedicó a restablecer el diálogo ciudadano y, a partir de las elecciones generales de junio de 1977, cedió la responsabilidad formal a su

primer teniente de alcalde, a la vez que intentaba que los ganadores de las elecciones generales entraran en la gestión en forma proporcional a sus resultados. Por ello, casi toda esta época constituyó una auténtica preparación hacia las elecciones municipales de 1979, cuando la política general primaba sobre la local.

El período municipal democrático ha visto dos alcaldes en estos primeros trece años, ambos pertenecientes a la misma formación política, el Partit dels Socialistes de Catalunya-PSOE. El primero de ellos, Narcís Serra (1943), se dedicó durante un trienio (ya que a fines de 1982 fue llamado al gobierno central para regentar el ministerio de Defensa, primero y la vicepresidencia después) a definir los ejes básicos de una nueva política urbana y a elaborar alguna de las estrategias encaminadas a realizarla. Su sucesor, Pasqual Maragall (1941), que cuenta en la actualidad ya con más de diez años de experiencia de gestión, ha sido, sin embargo, el verdadero protagonista, encargado de desarrollar y aplicar aquella política y de definir nuevas estrategias y objetivos para el futuro.

El centro de esta nueva política urbana ha sido la recuperación del papel de segunda ciudad del estado, con gran autonomía de funcionamiento y con unas relaciones internacionales intensas. En torno a ello, se ha procurado cubrir la mayor parte de los déficits en infraestructuras y equipamientos que la ciudad tenía, aunque, quizás, con un cierto descuido de la política de la vivienda (Maragall, 1986). Canalizado todo ello en los primeros años en torno a la idea de Barcelona 92, se buscó con la aprobación del plan estratégico en 1990 dar una continuidad al gran impulso interior, especialmente en lo referido a las actividades económicas locales, con una relajación del énfasis en las infraestructuras y equipamientos urbanos.

La tradición de la política internacional

La ciudad de Barcelona constituye un buen ejemplo de ciudad no capital estatal, pero con una política clara de internacionalización que goza ya de una cierta tradición. En efecto, Barcelona perdió cualquier papel de capitalidad política desde mediados del siglo xv; aún así, los estados feudales tenían una organización política y territorial muy diferente a la del estado-nación, con lo que la capitalidad iba unida casi exclusivamente al hecho de ser la sede de la corte y éstas eran normalmente itinerantes. De

todas formas, el Consell de Cent, la fuerte institución municipal barcelonesa, altamente representativa de las oligarquías locales, ejercía una gran influencia en la política general de la corona de la confederación catalano-aragonesa, lo que otorgaba a la ciudad un papel claramente hegemónico entre las demás ciudades de la corona. Sólo durante tres años, a principios del siglo XVIII, en el período excepcional de la guerra de Sucesión, Barcelona fue nuevamente corte del archiduque de Austria; pero ello no alcanzó más que un papel anecdótico. De esta forma, la ciudad ha tenido siempre que afrontar la situación de centro urbano de segundo rango dentro de España.

Este papel no ha obstaculizado que en algunas ocasiones Barcelona haya ajustado su ritmo a una cronología europea avanzada, en relación al conjunto del estado español: así, en 1733, se tiene noticia del funcionamiento de la primera fábrica de tejidos de algodón; o, en 1832, se puso en funcionamiento la primera fábrica movida a vapor, siempre en la producción de tejidos de algodón (Grau i López, 1974). Esta especialización industrial en la manipulación de una materia prima inexistente en España llevó desde el primer momento al desarrollo de lazos internacionales y a la preparación de élites de expertos en el comercio exterior, con todas sus consecuencias. Pero la historia se continua en otros acontecimientos importantes; así, en 1841, se instaló el gas en la ciudad; en 1848, se inauguró el primer ferrocarril de viajeros; en 1854, se paralizó la primera huelga proletaria general; en 1860, se aprobó y se aplicó el primer plan general de urbanismo; en 1888, se celebró la primera Exposición Universal. Por supuesto, se trata tan sólo de unas fechas y de unos hechos clave, unos acontecimientos destacados, pero, en muchas otras esferas de la vida urbana, la ciudad muestra, lógicamente, ritmos diferentes, mucho más lentos.

Estas fechas clave, que, por supuesto, fueron acompañadas de un crecimiento demográfico muy importante y que harían de Barcelona la primera ciudad de España durante los años treinta del siglo XX, suponen un dinamismo importante de algunos sectores de la oligarquía local y regional, pero no suponen aún una política explícita y decidida. Sólo la Exposición Universal de 1888 muestra el primer acuerdo entre élites y administración locales para la internacionalización; el éxito, a escala local y nacional, de dicha exposición supuso el fermento de una política explícitamente orientada a buscar para la ciudad de Barcelona su conexión con algunas redes de nivel internacional.

La política de internacionalización de Barcelona ha sido dirigida desde entonces casi siempre por la administración local, a pesar de la debilidad presupuestaria tradicional de los municipios españoles (Grau, 1988). Los hitos de dicha política han sido mayoritariamente exposiciones internacionales o juegos olímpicos. Así, en 1929 se celebró la segunda Exposición Internacional y en 1980 debiera haberse realizado la tercera, si los cambios políticos en Barcelona y en España no hubieran, afortunadamente, derivado el curso de los acontecimientos. En 1936 debían celebrarse los primeros Juegos Olímpicos, pero la sublevación militar de julio de aquel año obligó a trasladarlos a Berlín, mientras Barcelona se quedaba con unos simples juegos populares (frente a la propaganda nazi de los oficiales) de los que surgió el primer núcleo de las brigadas internacionales; en 1960 debían solicitarse los segundos juegos olímpicos, pero la situación política española no permitió la eminencia de una ciudad secundaria. Finalmente, en 1986, se consiguió la nominación para los Juegos de 1992, que han alcanzado una feliz culminación. Dentro de esta secuencia de hitos externos de internacionalización, cabe señalar aún, como en los primeros años del franquismo, de la represión, el hambre y el aislamiento exterior, el primer acontecimiento internacional se celebró en la ciudad de Barcelona, aunque dentro de las posibilidades que ofrecía el régimen en aquellos momentos; se trata de la organización del Congreso Eucarístico Internacional en 1952 que, a pesar de su carácter religioso restringido, permitió, por vez primera durante el franquismo, desarrollar una cierta paradiplomacia internacional e, incluso, aunque tan sólo fuera el hecho de ver ciudadanos extranjeros de diversos orígenes, en España, y en cantidades notables.

Igualmente, por debajo de estos hitos, cabe destacar que existía una actividad bastante constante que justificaba y requería esta internacionalización. El bloque industrial catalán aprovechaba las viejas instalaciones de las exposiciones internacionales para celebrar una feria de muestras a principios de junio que ha conseguido mantener una continuidad y una capacidad de atracción muy destacadas, dentro del conjunto español. En efecto, tras unas series truncadas de ferias entre 1920-1925 y 1933-1936, a partir de 1942 no ha dejado nunca de celebrarse y en la actualidad está en plena fase de expansión. La feria ha sido exponente de la capacidad industrial local y nacional, así como mercado de adquisición de la tecnología internacional. Incluso, en los primeros años cuarenta y cincuenta, los pabellones de la feria constituyeron una auténtica ventana al mundo para muchos ciudadanos barceloneses y catalanes en general. La

entrada masiva del turismo y la difusión de la televisión (ambos hechos iniciados políticamente en la fecha clave de 1959), en la década de los sesenta, substituyeron este papel de la feria que, a partir de entonces se ha profesionalizado intensamente. Este mismo bloque industrial, desde la localización de la factoría SEAT en 1953, se vio reforzado, ampliado y diversificado, con una aportante afluencia de capitales y técnicos internacionales, que no se ha frenado ni con la crisis de 1973.

Paralelamente a esta actividad industrial tan conocida, se desarrolló también una importante base cultural. Barcelona cuenta con un teatro de ópera estable, el Liceo, desde 1847, con colegios francés, alemán, suizo e italiano, salas de exposiciones y galerías, y cinco universidades con más de 130.000 estudiantes en total. Existe también una cierta base paradiplomática con 56 consulados, con expertos en derecho mercantil extranjero, empresas especializadas de importación y exportación y con diversas oficinas de promoción local. El sector más retrasado ha sido siempre el de las infraestructuras que, tan sólo por la fuerza propagandística de los hitos de Exposiciones y Juegos, ha conseguido desarrollarse; especialmente, el puerto y el aeropuerto de la ciudad de Barcelona, a pesar de las ampliaciones sucesivas, han estado y están por debajo de las necesidades del complejo urbano barcelonés y su área de influencia.

El discurso que ha acompañado esta política ha sido simple, pero ha mostrado la contundencia de la continuidad, a pesar de los enormes cambios sociales, económicos y políticos que se han experimentado en Barcelona y en España durante el siglo xx. Si a principios de este siglo se barajaron los modelos de París, Berlín y Londres para orientar esta política, fue, de hecho, la capital francesa la que acabó actuando siempre como guía. Ya el bloque industrial nacionalista que ocupó la administración local en los primeros años del siglo xx definió su ideal de Barcelona como la *París del Mediodía* y siempre ha sido un punto de referencia clave; por ello, fue más significativa la victoria de Barcelona frente a París y otras ciudades en su nominación olímpica de 1986. Contrapuesta a esta visión, quizás, grandilocuente de la burguesía surgió también la Barcelona revolucionaria y conflictiva del barrio chino, creación literaria de influencia también bastante francesa (Carreras, 1988). Ambas visiones, antagónicas, pero complementarias han pervivido largo tiempo. En el período republicano de los años treinta, triunfó la visión popular a escala internacional, cristalizando en obras como el *Hommage to Catalonia*, de 1938, del ensa-

yista británico Georges Orwell (1903-1950). Posteriormente, ha sido la visión burguesa la que se ha impuesto; en los años sesenta, aún dentro del corsé franquista, cuando se lanzó el eslogan de la Gran Barcelona (Borja *et al.*, 1972); o, en los años ochenta, también, ya en plena administración socialista, cuando se lanzó el popular *Barcelona més que mai*.

Las ideas que se han lanzado con esta política se han basado en unas líneas de fuerza simples: una ciudad histórica, con un núcleo medieval, mayoritariamente gótico, notable, que ha permitido el desarrollo de una gran creatividad en lo artístico (arquitectura, diseño); una ciudad mediterránea, con viejos barrios típicos y de alta sociabilidad, aunque algo insalubres por lo que se deben higienizar o someter a la *gentrification*; una ciudad mediterránea de clima suave todo el año, abierta ampliamente a las riberas de este mar; una ciudad del trabajo y del ocio, con una población laboriosa y habilidosa, con tradición de eficacia, y con tiempo para la diversión; en fin, el norte del sur. Los difusores de estas ideas han sido los políticos, aunque apoyados, sobre todo, en la obra de algunos artistas que han conseguido renombre internacional; en Barcelona especialmente Antoni Gaudí, el arquitecto de fama universal, incomprendido por sus contemporáneos, pero hoy máximo elemento de atracción internacional; y también algunos literatos, especialmente los que escriben en lengua castellana como Manolo Vázquez Montalbán, Joan Marsé o Eduardo Mendoza.

A modo de conclusiones: las consecuencias de una política

1. Una primera consecuencia es el planteamiento, de forma políticamente conflictiva, de la emergencia del nivel regional a la escena internacional que la nueva situación geopolítica mundial empieza a facilitar. La disolución de la Corporación Metropolitana de Barcelona (que había sido creada en 1974) por parte del gobierno de la Generalitat de Cataluña, en el año 1988 ha sido, sin duda, la punta del iceberg de una controversia región-ciudad aún no terminada. Aunque subyace la contradicción casi secular entre campo y ciudad, esta situación es nueva, ya que la burguesía industrial y comercial que diseñó una política urbana para Barcelona que se empezó a aplicar a partir de 1901, fue la misma que ascendió a todos los niveles de la administración local catalana, alcanzando a gestionar, en buena parte, el conjunto de Cataluña, a partir de 1914, y llegando, incluso, al gobierno de Madrid, en 1930. Cuando la oligarquía era la misma y la

política también, no existieron contradicciones; en aquellos años se acuñó precisamente el eslogan técnico-político de la *Catalunya ciutat*.

En la actualidad la situación se plantea de forma distinta. En primer lugar, las administraciones, local y regional, han visto ampliadas enormemente sus funciones, aunque no tanto sus presupuestos; la administración se ha convertido en algo más complejo y difícil, por tanto. En segundo lugar, el crecimiento relativo de Barcelona ha sido superior, concentrando la ciudad real respecto de Cataluña más del 50% de su población y más del 75% de cualquiera de las otras magnitudes que se quiera barajar. La ciudad se ha convertido así en un enorme contrapoder interno y los desequilibrios territoriales han aumentado de escala a nivel de Cataluña. Finalmente, el partido político que hasta hoy controla la mayoría de las grandes ciudades catalanas no es el mismo que controla el territorio y el gobierno de la región. La adición de estas tres variables problemáticas produce una combinación casi explosiva, en ocasiones, aunque no deja de ser, a su vez, un elemento de equilibrio político.

Pero la situación ha cambiado, porque hoy también la misma región tiene amplio acceso a las redes internacionales. El president de la Generalitat ha desarrollado una importante política en este sentido, entrando, incluso, en fricción con el gobierno central en algunas ocasiones. Sus aspiraciones con éxito a la incorporación en el consejo directivo de la asamblea de las regiones europeas, sus numerosos viajes al extranjero o el diseño de la política de las cuatro regiones motores de Europa, son algunos ejemplos de esta realidad.

Por encima de los conflictos de todo tipo, sin embargo, desde Cataluña está apareciendo con claridad que las políticas de internacionalización de cualquiera de las instituciones favorece el entendimiento mutuo. En efecto, en la actualidad no se concibe el desarrollo regional, si no está apoyado en grandes ciudades con iniciativa propia (Jacobs, 1984); por tanto, la internacionalización de Cataluña requiere indefectiblemente, por el momento, de la internacionalización de Barcelona, lo que debe llevar todas las contradicciones a un entendimiento final, más o menos amplio. La evidencia de esta concepción por parte del gobierno de Catalunya quedó plasmada en el anuncio que publicó en la prensa internacional los días previos a la inauguración de los Juegos Olímpicos, donde Barcelona actuaba como localizador único de Cataluña. Este planteamiento se da, pues, en Cataluña, y tal vez sea inexportable a otras regiones y ciudades, pero, en cualquier caso, debe ser siempre tema de estudio y aprendizaje.

2. Una segunda consecuencia es que Barcelona ha sabido hasta hoy desarrollar y aplicar una política de consenso social, a menudo tácito, pero siempre bastante generalizado entre sus ciudadanos. El 16 de octubre del año 1986 la voz temblorosa de Joan Antoni Samaranch (1920) pronunciando *Barsalona* en Lausanne, consiguió sacar a la calle a millones de barceloneses, contrarios o no a los Juegos Olímpicos, pero embargados todos de una misma emoción: se había ganado, se había derrotado a la propia París, ¡el modelo! Posteriormente, como era lógico suponer, han aparecido problemas, críticas y disensiones (López, 1992), pero la fiebre de las construcciones, la avalancha de las realizaciones afectaron a miles de personas, de forma directa o indirecta, con lo que las críticas fueron quedando reducidas a los grupos más marginales. La organización de los Juegos, a ejemplo de los de la ciudad de Los Ángeles, en 1984, con amplia participación de la iniciativa privada actuaba claramente en este sentido también. El éxito de organización y participación en los juegos consolidó este consenso, llegándose a producir un enamoramiento entre ciudadano y ciudad difícil de programar y de reproducir.

En el mismo sentido, el 21 de marzo de 1990 se aprobaba el Plan Estratégico Barcelona 2000, que a iniciativa del Ayuntamiento ha movilizó a más de 150 instituciones y a miles de personas en un proceso de consenso progresivo para diseñar las grandes líneas de desarrollo de la ciudad, a partir de 1992, la fecha mágica. No se han escatimado esfuerzos ni imaginación en esta tarea de compartir responsabilidades e iniciativas y cada día serán más y distintas las posibilidades de esta coparticipación ciudadana.

Pero, como se ha apuntado, este empuje de consenso va dejando minorías crecientes de marginados, a los que se aísla, separa y dispersa de forma continua, silenciosa, pero no secreta. Las leyes de extranjería exacerbadas por la incorporación europea ayudan en este sentido; la lucha tradicional hacia una higienización y la cruzada universal contra la droga y la violencia, en general, acaban de suministrar argumentos a la larga marcha por la recuperación del centro urbano para actividades y capas sociales nuevas. Pero la marginación existe, y a los marginados de siempre hay que añadir hoy los grupos de viejos desvalidos y los jóvenes sin trabajo, que se acrecientan día a día, constituyendo un nuevo proletariado de signo distinto al que definiera Marx (Mollenkopf, Castells, 1991).

Como se ha visto, pues, existe una base internacional en la economía de

la ciudad de Barcelona, que constituye un soporte importante para las políticas de internacionalización. Dichas políticas cuentan con tradición, con ideas y con sus difusores. Estas mismas políticas entrecrocán, a menudo, con las de la región. En torno a ellas se crea el consenso y en su nombre se margina a minorías importantes. En conjunto, Barcelona ofrece elementos para la reflexión teórica acerca de qué es la internacionalización, acerca de si puede dicha internacionalización tener efectos multiplicadores sobre la infraestructura económica de la ciudad y, por tanto, si debe ser un camino a seguir. El tiempo y la reflexión crítica y serena deben permitir encontrar nuevas respuestas a estos interrogantes. La comparación con otras ciudades españolas y extranjeras debe facilitar, sin duda, este proceso.

BIBLIOGRAFÍA

- ACCIÓN INTEGRADA BARCELONA-TOULOUSE (1991): «Barcelona i Toulouse: recerques de Geografia urbana», en *Revista Catalana de Geografia*, ICC, Barcelona, n. 15, pp. 2-12.
- BASSOLS (1973): *Génesis y evolución del derecho urbanístico español (1812-1956)*. Ed. Montecorvo, Madrid, 640 pp.
- BORJA, J. et. al. (1972): *La Gran Barcelona*. Ed. A. Corazón, Madrid.
- CAMPOS VENUTI, G. (1989): *La terza generazione dell'urbanistica*. Ed. Franco Agnelli, Milano, 240 pp.
- CARRERAS, C. (1988): «Paisaje urbano y novela», en *Estudios Geográficos*, CSIC, Madrid, n.º 191, pp. 165-187.
- (1983): *Geografia urbana de Barcelona; espai mediterrani, temps europeu*. Ed. Oikostau, Barcelona.
- GRAU, R. (1988): *La Exposició Universal de Barcelona. El llibre del centenari 1888-1988*. Ed. Comissió ciutadana per a la commemoració del centenari de l'Exposició Universal de Barcelona de l'any 1888, Barcelona, 574 pp.
- (1989): «El planeamiento urbano como Ciencia Social», en AA.VV., *Història urbana i intervenció en el centre històric. III Setmana d'Estudis Urbans a Lleida*. Ed. ICC, Barcelona, pp. 111-133.
- GRAU, R. i LÓPEZ, M. (1974): «Empresari i capitalista a la manufactura catalana del segle XVIII», en recerques, Barcelona, n. 4, pp. 19-57.
- JACOBS, J. (1984): *Cities and the Wealth of Nations. Principles of Economic Life*. Ed. Random House, New York, 260 pp. (trad. castellana en Ed. Ariel, Brcelona, 1986).
- LÓPEZ, P. (1992): «Maneras de vivir en la Metrópoli. Orden urbano y Resistencias en la Barcelona Olímpica», en AA. VV., *El descubrimiento del 92. Expo, Olimpíadas... La otra cara del espectáculo*. Ed. Virus, Barcelona, pp. 45-81.
- MARAGALL, P. (1986): *Refent Barcelona*. Ed. Planeta, Barcelona.
- MOLLENKOPF i CASTELLS, M. (1991): *Dual City: restructuring New York*. Ed. Russell Sage Foundation, New York.
- TELLO, R. (1990): *Las tendencias del urbanismo en la España de los 1980*. Tesis doctoral, Universitat de Barcelona, Barcelona.

BARCELONA 92, UNA POLÍTICA URBANA TRADICIONAL

RESUMEN.—El artículo analiza la política urbana reciente de la ciudad de Barcelona, a partir de sus condicionantes físicos y políticos. La internacionalización de la ciudad, en sus objetivos y consecuencias constituye el eje central del análisis. Las conclusiones plantean unos problemas de organización política y cohesión social a tener en cuenta en el fuero de las ciudades.

PALABRAS CLAVE.—Ciudad. Política urbana. Internacionalización. Barcelona.

ABSTRACT.—This paper analyses the recent urban politics of the city of Barcelona, bearing in mind the physical and political background. The main goal of this analysis is the process of internalisation of the city as well as its aims and effects. The conclusions point out some problems related with the political organization and social cohesion that will deeply concern the future of cities.

KEY WORDS.—City. Urban politics. Internationalization. Barcelona.

RÉSUMÉ.—Cet article analyse la politique urbaine récente de la ville de Barcelone, à partir de ses conditionants physiques et politiques. L'internationalisation de la ville, en ses objectifs et en ses conséquences, est le centre de cet analyse. Les conclusions posent les problèmes de l'organisation politique et de la cohésion sociale qu'il faut avoir en compte pour l'étude du futur des villes.

MOTS CLÉ.—Ville. Politique urbaine. Internationalization. Barcelone.